

# PICASSO

menos de pintura. Recuerdo que, hablando de toros, por ejemplo, me dijo que él ya no era un buen aficionado. Que él, en sus tiempos, había sido belmontista, pero que, desde que se retiró Belmonte, lo que le interesaba era el espectáculo en sí mismo, «como a un inglés», aunque las faenas no fuesen todo lo buenas que podrían ser. Me habló también —¿por qué llegamos a esa temática en nuestra conversación?— de la Niña de los Peines. «Era la mejor... ¡qué fuerza tenía aquella mujer! Yo la vi dos veces cuando era aún muy jovencita: una, en Madrid, y otra, en Barcelona...».

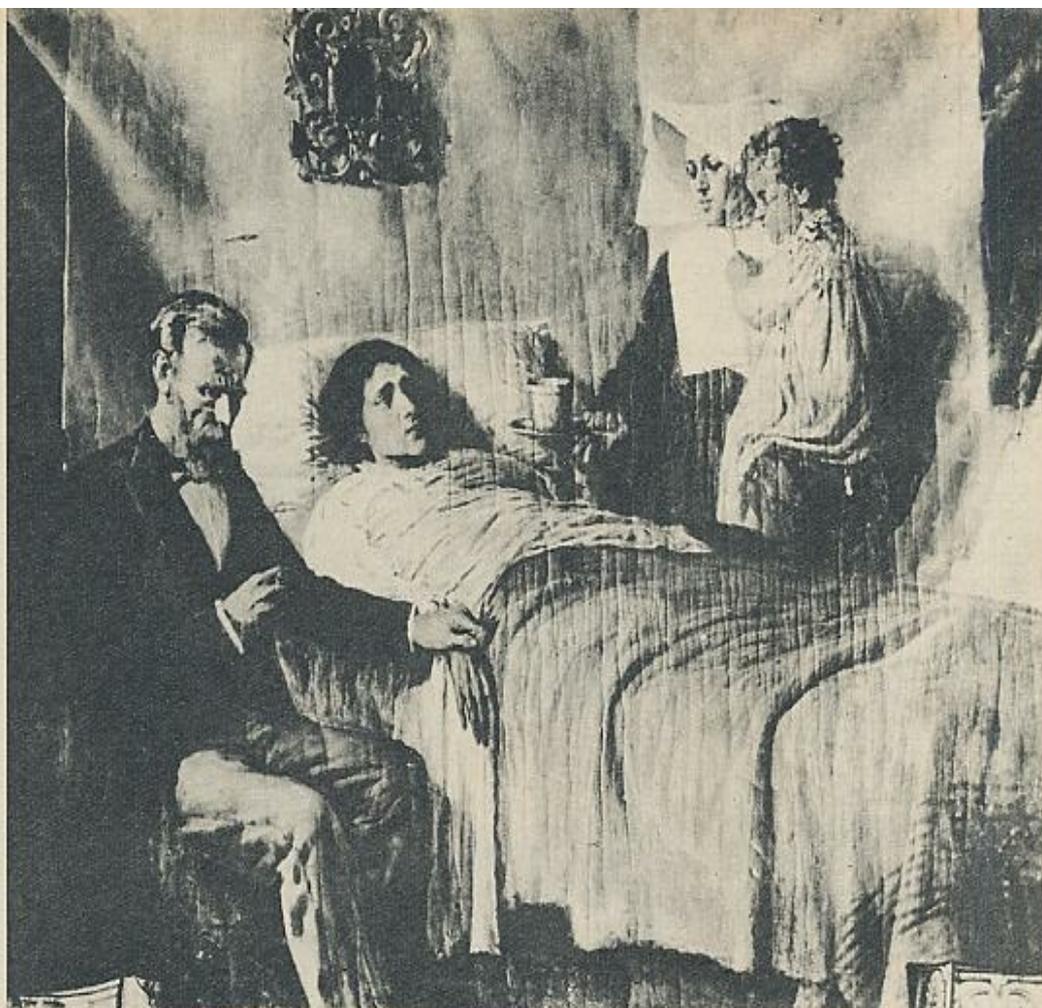
Hace tres años vi, el día de su inauguración, la magna exposición que se celebró en el Palacio de los Papas, de Aviñón. El no estaba allí, pero sí me encontré con muchos pintores amigos: con Antoni Clavé, Wilfredo Lam, con Guinovart. Con ser tanta la calidad, la nota más destacada era la prodigalidad: cerca de doscientos cuadros, otros tantos dibujos y muchos grabados. Lam estaba agobiado y me decía: «Esto es agobiador, porque, fíjate, esta es sólo labor de un año... ¿Cómo es posible trabajar tanto? Todos los demás somos pigmeos».

Yo quedé entonces impresionado, y así lo expresé en mi crónica, no sólo de la calidad de aquella obra, sino de la temática: el amor en todas sus posibles facetas.

Ese hombre lo era en el sentido más radical de la palabra. Nunca concibió el mundo sin la mujer. Y nunca pudo vivir sin la cercanía de la mujer. La mujer ennoblecía siempre su vida y, por supuesto, su arte.

Hace muy pocos días tuve una gran alegría. Gustavo Gili, el hijo, me trajo un paquete de parte de su padre. Era un libro sobre «Las Meninas» barcelonesas de Picasso, que el gran pintor le había dado para mí, con una expresiva dedicatoria. Pocas, muy pocas de las alegrías que yo he recibido en mi vida habrán logrado emocionarme tanto. Ahora, cuando lo pienso, ahora, me emociona aún más. Porque esa dedicatoria, escrita ya en su cama de enfermo, será una de las últimas cosas que habrá escrito y dibujado Picasso.

¿Será necesario repetirlo? Ese hombre que acaba de morir, hoy, día 8 de abril de 1973, en Mougins, había nacido en Málaga el día 25 de octubre de 1881. ■ J. M. M. G.



«Ciencia y Caridad», pintado a comienzos de 1897, cuando Picasso tenía quince años. Fue presentado en la Exposición Nacional de Bellas Artes.

## LAS SIETE VIDAS DE PICASSO



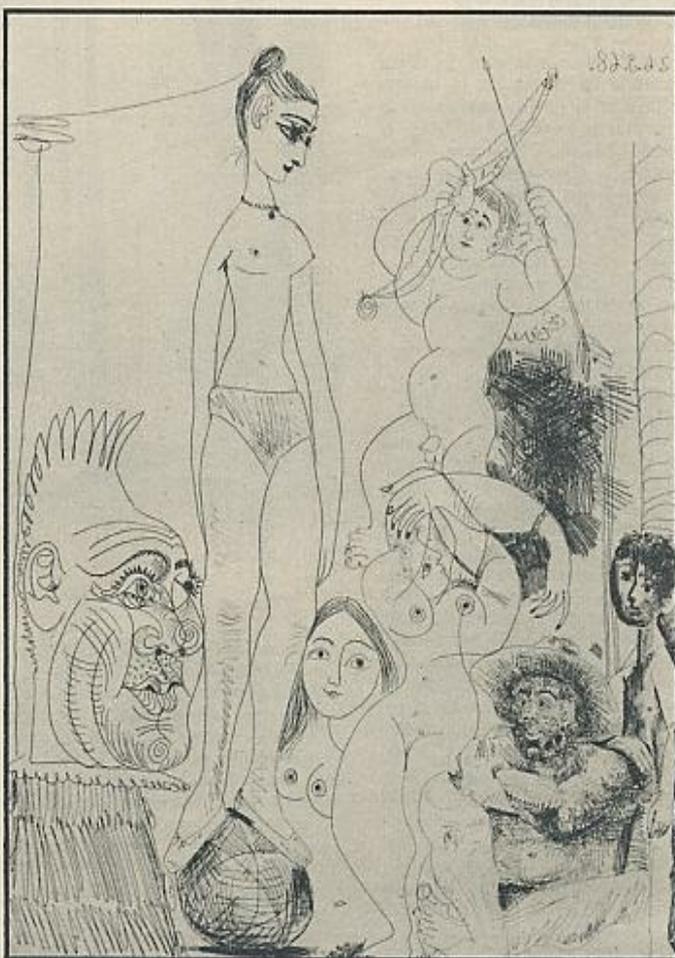
«El bock», en realidad un retrato de su amigo Jaime Sabartés (época azul), pintado en 1901.

**A** NIMABA Picasso a Dominguín para que volviese a los toros: —Lo más que te puede pasar es que te mate el toro, y, ¿qué mejor cosa te podría suceder? ¿Qué más podría yo pedir que caer muerto mientras estuviese pintando? Cuando un hombre sabe hacer algo, y deja de hacerlo, deja también de ser un hombre. Por eso debes volver a la plaza, Luis Miguel, y morir de la manera más decorosa posible. Es tu deber.

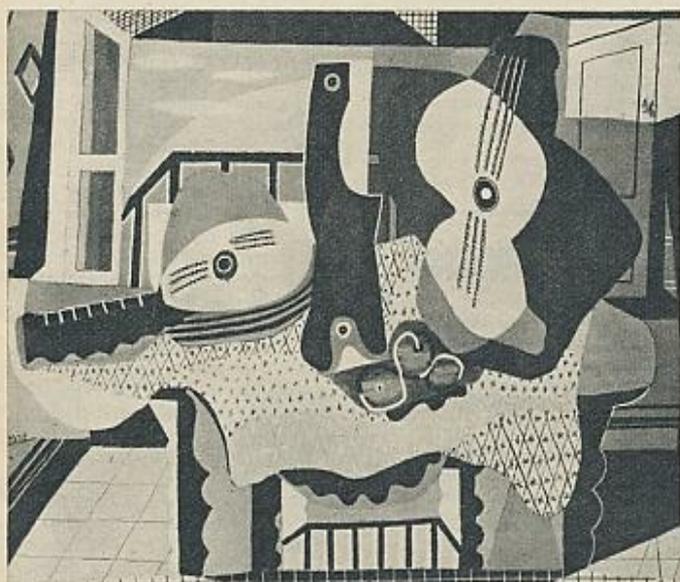
Podría decirse que ha muerto pintando, porque jamás dejó de pintar desde que tomó en sus manos el primer lápiz (en el Museo Picasso de Barcelona hay dibujos de 1891, cuando Pablo Ruiz Picasso tenía diez años; en 1895 ingresó en la Escuela de Bellas Artes, haciendo en un día el trabajo de Ingreso, para el que se concedía un mes de plazo). Se podría decir de él lo que Apéles decía de sí mismo, «nuda dies sine linea», y aun apurarlo: Picasso no dejaba un solo momento sin pintar. Algún tabernero ganó dinero por no lavar un mantel, una servilleta, donde Picasso trazaba formas mientras comía. Y con la miga de pan construía formas, pequeñas esculturas efímeras. Últimamente, esta forma compulsiva de crear se había acentuado. Alguien que le visitó en la casa don-



«Arlequín», dibujo. Epoca neoclásica.



«La joven saltimbanqui». Dibujo, 1968.



«Bandurria y guitarra», 1924.



«El beso».

de ha muerto —Nôtre-Dame-de-Vie, Mougins— decía:

—Siente que no puede perder tiempo, que no puede distraerse: dice que no le queda demasiado tiempo ya.

Avaricia de tiempo, de objetos, de formas. ¿Una de sus claves? La

gran casa —treinta y cinco habitaciones— era un Cafarnaúm. No tiraba nada. Cuentan que una vez le mandaron una tarta cuya forma le hizo gracia, y no quiso destruirla: la dejó en un rincón, hasta que fue devorada por los ratones. Sus ropas estaban agrupadas en cuatro

montones, uno para cada temporada del año, y allí envejecían. Junto a esta avaricia, un extraño desprendimiento. Esas ropas las pagaba con un dibujo, una litografía. Se oía a veces decir a Picasso:

—Estos pantalones me han costado tres millones de francos...

Era el valor de un dibujo entregado a su sastre de siempre, Michèle Sapone.

Conservar todas las formas al mismo tiempo, no perder tiempo ni espacio, quizá llevó a Pablo Picasso a construir algunos de sus más admirables cuadros. Era, también, una

# PICASSO

forma de amor a la vida. Es difícil encontrar la huella de la muerte en la pintura de Picasso: es como si la muerte no existiese. Quizá la desesperación, al principio, en la época azul. Del «Guernica», donde la muerte está presente, podría decirse que es precisamente un canto a la vida. De este cuadro se cuenta que cuando un oficial nazi, ocupante de París, mostró a Picasso una reproducción del «Guernica» y le preguntó:

—¿Esto lo ha hecho usted?

Picasso respondió:

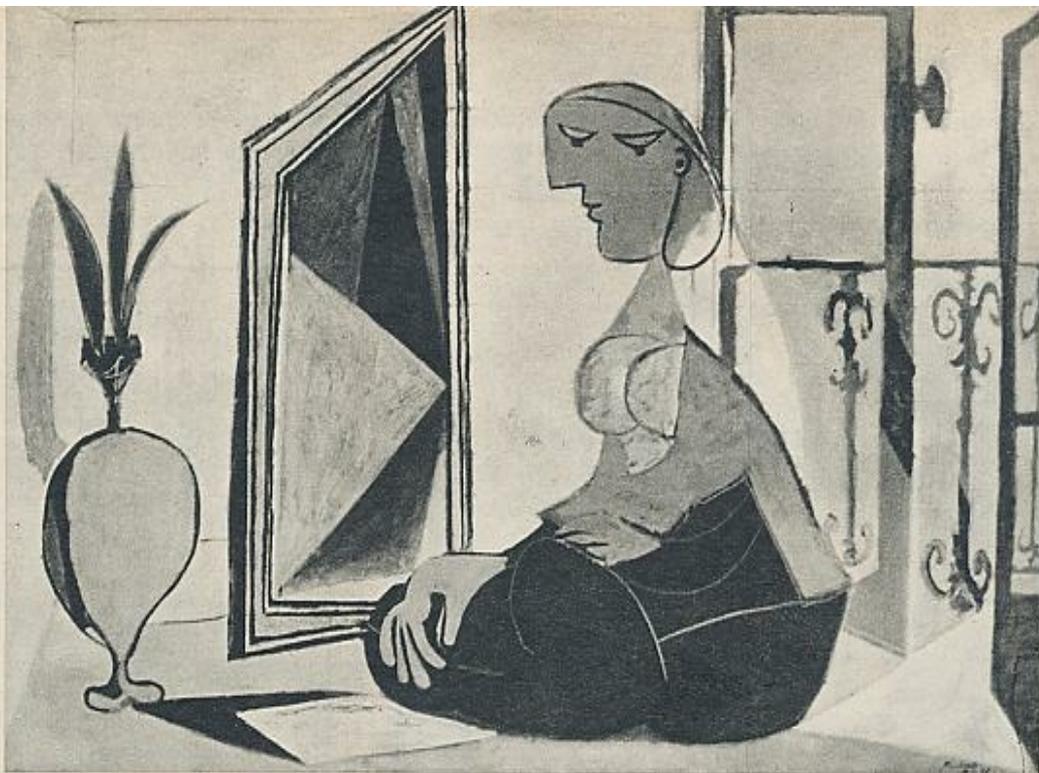
—No, esto lo ha hecho usted.

Sucedía en el famoso estudio de la Rue de la Boétie, donde el cuadro había sido pintado. Un estudio del que después fue desahuciado, como luego le pasaría con el de la calle de Grands-Augustins, a pesar de la intervención de Malraux, ministro de Cultura, que quería instalar un pequeño museo: el propietario del inmueble encontraba más rentable hacer oficinas. No se conservan los estudios parisienses de Picasso. El famoso «bateau-lavoir» de sus primeros tiempos, en la calle Ravignan, fue abandonado durante largos años, y cuando el Estado francés consideró que debía hacer algo con aquel edificio de donde salieron los mejores pintores del mundo, un incendio lo destruyó casi totalmente, y hoy es una ruina.

Cada época de Picasso tiene un estudio, una residencia; cada época, una mujer. Como si cambiase de piel continuamente (y, sin embargo, se ve siempre el mismo Picasso, la misma mano y el mismo «ojo de antracita», como ha dicho ahora Clouzot: «ojos de antracita con los que miraba fijamente el sol»; la misma personalidad, desde sus dibujos de niño hasta los que acaba de terminar para la exposición de Aviñón). Fernande Olivier fue la mujer del período rosa —Fernande Olivier, el personaje de «Mujer con pañuelo», en 1906—; Marcelle Humbert, llamada Eva o la musa del cubismo; Olga Kohlova, retratada como «Madame Picasso», en 1923, fue el regreso al clasicismo; Marie-Thérèse Walter, dulcemente reclinada en una silla en «El sueño», de 1932, fue la mujer de la época erótica. Dora Maar, o las formas que comienzan a deshearse y multiplicarse, en los años treinta; la joven, viva, latente Françoise Gilot, de los años cincuenta... Y Jacqueline, Jacqueline Roque Picasso, su última compañera, la que estaba ahora junto a su lecho de muerte. Jacqueline, la que decía:

—Cuando está enfermo, es como un trompo en el vacío...

Siete mujeres en una vida, y ¿cuántos períodos? Prácticamente, cada cuadro de Picasso fue un período en sí mismo. Cada uno de ellos es una investigación, un ensayo, una profundización. A veces, varios períodos en uno solo, como hay varias figuras en una sola, varias expresiones en una sola ex-



«Mujer ante el espejo», 1931.

presión. Que la vida no se escapase. «Aun en su época más abstracta, más geométrica —escribía el crítico de arte americano Douglas Davis—, Picasso mantenía un pie en el mundo. Cuando el retrato de un amigo quedaba demasiado lejos de lo natural, Picasso añadía orejas, ojos y manos, mezclando cuidadosamente lo que él llamaba «lo conocido» con «lo desconocido». Jamás Picasso se consideró un pintor fuera de la realidad. A veces decía, con un punto de ironía, que «la realidad comienza a serlo desde que está dentro de un cuadro»; su obsesión era presentar aspectos desconocidos de la realidad, hacer ver lo invisible a los demás y, de esa manera, realizar un trabajo político. O un trabajo moral. Picasso condenó siempre lo que detestaba —la guerra—, exaltó lo que amaba —el

hombre, la mujer, el animal, la tierra, el mar—. Su famoso mensaje al Congreso de Artistas Americanos es un código: «Deseo en este momento recordaros que siempre he creído y sigo creyendo que los artistas que viven y trabajan con valores espirituales no pueden permanecer indiferentes ante un conflicto en el que se discuten los más altos valores de la Humanidad y de la civilización». Si no dejó un solo momento de crear, ni un solo momento dejó de crear en un sentido, la idea de que sus manos seguían movimientos compulsivos, o de que sus ojos no tenían más preocupación que las formas y el color, es insostenible. Picasso era un revolucionario, creó una subversión dentro de la pintura y el arte, y la mantuvo continuamente: fue un subversivo de sí mismo, un revolu-

cionario contra sí mismo y contra la posibilidad de que sus formas se hicieran fijas e inmóviles. Que siendo comunista formal pintase contra las normas formales del realismo socialista («Veo con mis ojos y no con los del partido»), revelan el carácter total de su subversión. A favor de la Naturaleza y en contra del naturalismo. Y sin dejar de ser jamás, pese a todas sus alotropías, un pintor figurativo. Siempre distinto y siempre el mismo.

Pocas veces una figura viva no política ha sido glorificada en vida como lo ha sido Picasso, y pocas veces con tanta indiferencia por su parte. Encerrado en su casa-fortaleza, Picasso veía con horror llegar sus cumpleaños. A veces descolgaba él mismo el teléfono, que sonaba incesantemente —aunque no figuraba en la guía—, y decía: «No estoy». En su ochenta aniversario decía que era «su centenario», y reía a carcajadas. Dentro de todo ello, aceptó y participó, con más entusiasmo del previsible, en la glorificación que supuso su noventa cumpleaños, en 1971. Ya había aceptado que se le dedicase una sala en el Louvre: era el único pintor vivo que había alcanzado ese honor, y la sala la inauguró el Presidente de la República Francesa. Y, sin embargo, no fue Picasso el que agradeció lo que sucedía, sino que fue a él a quien se dio las gracias...

Resumir Picasso a la hora de su muerte es imposible. No sólo era el hombre viviente a quien más libros y estudios se habían dedicado, sino uno de los más estudiados y analizados de toda la Historia de la Humanidad. En su arte y en su larga y plena vida. Hay ya una picassología, que no va a detenerse, sino a multiplicarse ahora, cuando el ciclo se cierra. Cuando ya no hay más cuadros que pintar, cuando ya no hay más mujeres que amar.

—La muerte —dijo una vez— es la única mujer que nunca me abandonó...

## PALABRAS DE MIRO A LA MUERTE DE PICASSO

Estoy terriblemente conmovido por la noticia, y perdón si no puedo hablar mucho. Para mí era un gran amigo, y apreciaba, además de al artista, al amigo, que quería enormemente. El fue el primero que compró un cuadro mío, una bailarina española, en 1920. Mi «marchand» no podía comprender que Picasso comprase mi cuadro, y me dijo: «Miró: Picasso acaba de comprar eso, pero creo que es una broma».

Yo le conocí en París, pues cuando salió de España yo era muy joven. Le había visto en Barcelona cuando fue al estreno de «Parade», en el teatro Liceo, y allí fuimos varios amigos, Prat y otros. Entonces fui a ver a su madre, una mujer admirable, que se parecía mucho, y le dije: «Vengo a verla porque admiro mucho a su hijo, y luego nos hicimos amigos».

Cuando iba a venir a París, al final de la guerra de 1918, fui a verla y le dije que iba a París, y que si quería algo para su hijo. Su madre me dio una ensalmada y se la llevó a Picasso, quien vivía en el número 23 de la calle de la Boétie. Desde ese momento empezamos a vernos, pero yo era extremadamente prudente. No quería molestarlo. Para mí, la vida en París en aquellos momentos era muy dura, y recuerdo muy bien que Picasso me dijo cosas que se me quedaron grabadas. Por ejemplo, ante mi impaciencia, me dijo: «Oye, oye, tienes que hacer como si esperaras el autobús a la cola, y cuando te toque, subes al autobús». Esas palabras me parecieron de una gran justeza.

La última vez que vi a Picasso estuvimos hablando durante cinco horas, y pensaba ir a verle dentro de unos días, con motivo de mi exposición en Saint-Paul-de-Vence.